

Cuento

La venganza de Catalino

La venganza de Catalino, del escritor cartagenero Guido Polo Nule, fue ganador del Premio Nacional de Cuento La Cueva en 2020.

Agradecemos a su autor y a la Fundación La Cueva el permiso para publicarlo en Unicarta

C on la navaja en la mano y parado frente al espejo Catalino piensa su venganza. Hasta la noche de ayer se había ganado la vida como trompetista en el malecón. Hoy, su futuro es incierto. Con el pulso alterado se rasura y de entre la pelusa blanca le surge una cara de anciano reciente. Cumplió cincuenta y ocho años hace poco; pero el trasnocho y los abusos del cigarrillo y del trago lo han convertido en un hombre macilento de piel ajada.

En la habitación en que vive apenas si hay espacio para un catre, un viejo tocadiscos y un baño tan estrecho que tiene el lavabo por fuera. Las únicas señales de vida son una ventanita junto a la puerta y un disco de Miles Davis que suena todas las tardes, de principio a fin, una y otra vez. Allí se le van las mañanas mal durmiendo empapado en sudor. Hasta la noche de ayer, su suerte estaba atada a la voluntad de aquellos que le reconocieran su arte con una moneda en el sombrero. Si le iba bien, que era cuando lo recogido le alcanzaba para un caldo claro y media botella de ron, podía dormir hasta las dos de la tarde. Cuando le iba mal, que eran

* Nació en Cartagena (1980). Estudió ingeniería. Ejerce como ingeniero de control en la industria petroquímica. Lector empedernido, observador detallado de la realidad, escribe por gusto y pasión. Trabaja en su primer libro de cuentos.



Concierto gratuito del Festival de Música del Caribe en La Tenaza.

Fotografía de Álvaro Delgado Vélez

las veces que apenas si completaba lo del pasaje de vuelta, entonces se retorció en el catre sin poder pegar el ojo, más por la falta de alcohol que por el estómago vacío.

En cualquiera de los casos su rutina era invariable. Llegaba a su habitación entre las cinco y las seis de la mañana. Se quitaba el sombrero y los zapatos y colgaba la camisa como cortina en la ventana minúscula. Acomodaba la ropa que dejaba secando la tarde anterior y se tiraba de cualquier modo sobre el colchón pelado. Al despertar buscaba a tientas la aguja del tocadiscos y volvía a cerrar los ojos mientras el disco corría. Con los primeros compases de Flamenco Sketches se incorporaba y se sentaba en el borde del catre para hacer sus ejercicios de digitación. En

sus buenos años llenaba las tardes de escalas obstinadas. Después, con los primeros achaques, tomó por costumbre llenar la bocina con calzoncillos para no alborotar las avispas que empezaron a zumbarle en los oídos. Pero desde aquel incidente en que Euclides lo despojó de su trompeta, solo sostenía la mano huérfana en el aire, moviendo los dedos para calcar las notas del tocadiscos sobre unos pistones imaginarios. Luego de los ejercicios, lavaba la ropa en la ducha y la colgaba donde podía. Después se rasuraba y se vestía con el blanco de siempre y se iba al malecón a darle otra vuelta al torniquete de su monotonía. Pero esta tarde, con la trompeta en el fondo del mar, la rutina de Catalino no tiene propósito. Él, sin embargo, continúa rasurándose por la mera costumbre. Son tantos los

años de este rito diario que no advierte que su mano mueve la navaja de memoria mientras tiene los ojos extraviados en el espejo. Cuando termina el lado izquierdo dice por fin en voz alta lo que ha estado rumiando con amargura: «maldita sea la hora en que apareció ese cabrón de mierda».

Eso que atormenta a Catalino comenzó en la madrugada del 19 de mayo cuando regresaba borracho y dormido en el último asiento de un autobús. En aquel entonces Euclides llevaba cinco años de ladrón, cuatro meses de padre primerizo y tres días sin comer. Para matar el hambre se fumó hasta las uñas el último cigarrillo de yerba que le quedaba. Con la bocanada final se paró del suelo y comenzó a caminar sin prisa. Pasó por una esquina de indigentes. Caminó a lo largo de una calle de putas. Atravesó un quiosco de baile. Tiró el cabo apagado en una pila de basura. Continuó a oscuras por un callejón del mercado. Sin mirar atrás siguió hasta la avenida para esperar algún transporte que lo llevara al arrabal donde vivía. Euclides tomó el primer autobús. En lugar de pagar el pasaje, miró al conductor y se levantó el borde de la camisa para dejarle ver el puñal que cargaba en la pretina. De igual manera le mostró la cicatriz que le corría desde el costado hasta el ombligo. «No hay plata», dijo con su voz de barítono, «te pago a la próxima».

Euclides no esperó respuesta. Al fondo vio a Catalino dormido contra la ventana y, sin más pasajeros, se sentó junto a él y desenfundó el puñal sin titubeos. Con aplicado sigilo lo requisó de arriba abajo y lo único que halló fue un par de cigarrillos sin filtro, una cajetilla de fósforos y seis monedas. Euclides guardó los fósforos y las monedas, se puso un cigarrillo encima de cada oreja y volvió a la carga desesperado; pero no encontró nada más. Catalino seguía rendido contra la ventana. Entonces Euclides, frustrado

y nublado de yerba, explotó en una ira comprimida que le envenenaba el hígado. Con un temblor sordo levantó el puñal hacia el pecho de Catalino, pero el valor que antes tuvo para desenvainar, ahora se le hacía añicos ante la sola idea de ver la hoja atravesando aquella piel de pergamino. Esa indecisión, tan inconveniente para su oficio, ya le había costado ese tajo en la cintura que por poco lo mata. Aquella vez, de no haber sido por su mujer lo habrían destazado como a un animal. Porque Euclides siempre ha tenido el impulso en la lengua y la cobardía en los huesos, y esa tóxica combinación lo había conducido unas veces al hospital y otras veces al calabozo. Por esa razón le temblaba la voluntad para clavarle la cuchillada a Catalino. Pero súbitamente, de entre la madrugada aún oscura, un bache veloz estremeció con fuerza la marcha del autobús. El puñal indeciso se zafó de la mano de Euclides y fue a parar a los pies de Catalino. Euclides se apresuró a recogerlo y allí, detrás de los zapatos, vio el estuche desvencijado en el cual Catalino guardaba la trompeta. No lo pensó dos veces. Euclides agarró el estuche, guardó el puñal, se levantó del asiento, miró al conductor por el espejo y le dijo con voz de trueno: «Déjame aquí».

Catalino despertó con el sol de la una y se quedó tendido en el catre intentando recordar de qué manera había llegado a su habitación. Fue inútil. Con los años sus lagunas eran cada vez más frecuentes; aún así, exprimía siempre la memoria por el oscuro placer de descubrir que en verdad no tenía idea y que sin embargo allí estaba, igual de acabado, pero con sus huesos completos y sin nadie que lo jodiera. Cada vez que esto le sucedía su recuerdo escasamente llegaba hasta verse sentado en la fonda del muelle luego de su jornada en el malecón; de ahí en adelante, nada más. Y a lo mejor aquello no era el recuerdo de la noche anterior, sino quizá

la reconstrucción más verosímil de lo que habían sido sus noches en los últimos quince años. Todavía acostado, Catalino alargó el temblor de la mano hasta el tocadiscos. Con la cabeza girando en la resaca siguió cada nota de Miles Davis. Con los primeros compases de Flamenco Sketches se sentó en el borde del catre para hacer sus ejercicios. Se dispuso entonces a tomar la trompeta y fue justo allí que sintió el tirón helado que le tensó la espina dorsal.

A esa misma hora, Euclides ya había visitado compraventas, prestamistas, almacenes de artículos usados y locales de música para tasar y vender la trompeta. Cada uno dio una excusa diferente para no hacer el negocio, aunque la verdadera razón de fondo era otra: lo que en sus épocas de gloria había sido una trompeta piccolo Henri Selmer de cuatro pistones, era ahora un amasijo verduzco de latón retorcido, más cercano a una escultura conceptual que a un instrumento capaz de producir sonido alguno. Y aunque la trompeta hubiera estado recién salida de fábrica, Euclides difícilmente habría logrado un trato que le favoreciera. Porque lo suyo no era el carisma sino la bravuconería, y en ese apartado específico de convertir lo robado en billetes no era posible suplir la escasez de palabra con alardes de puñal o exhibiendo cicatrices.

Euclides, solo, derrotado bajo el sol, consideró que era una pérdida de tiempo seguir buscando compradores. Si en otras ocasiones a duras apenas había podido negociar anillos y relojes, que prácticamente se negocian sin tener que abrir la boca, mucho menos iba a reunir ahora el tesón para vender ese remedo de trompeta. De manera que su situación no había mejorado un ápice. Por el contrario, se había agravado; porque aparte de no haber resuelto nada, debía además cargar con el peso y el volumen de ese estuche que le obstaculizaba la vida. Un estuche con el

que no pasaría desapercibido, que le restaba una mano, que le iba a entorpecer el sigilo. En definitiva, un estuche que mientras lo tuviera consigo no iba a permitirle volver a la candela para encontrar una forma menos complicada de amortiguar sus angustias. Por un momento tuvo la intención de dejarlo abandonado; pero se detuvo, se quitó el sudor de los ojos y dijo para sí mismo masticando cada sílaba: «no, este hijueputa no se manda solo». Encabronado, volvió a sus pensamientos. Caminó con ofuscada prisa mascullando en desorden decenas de planes que se desmoronaban enseguida. Así estuvo por tres horas. A través de la camisa húmeda se le adivinaba una fatiga encorvada. Se sintió sofocado. Para buscar alivio se llevó a las orejas el sudor de las manos. En la maniobra tropezó con los cigarrillos que antes le había robado a Catalino. Agarró uno de los cigarrillos con el papel medio deshecho. Puso el estuche de la trompeta en el piso. Con la mano liberada sacó los fósforos del bolsillo. Con la otra mano protegió la lumbre de una brisa inexistente. Dio una calada profunda, sostuvo el humo y cuando sacudía el fuego para extinguirlo le acudió como una providencia la idea que le había sido tan esquiva. Una idea tan natural y sencilla que Euclides no pudo evitar cerrar los ojos y soltar una risa que era casi el principio de un llanto.

La idea de Euclides era devolver la trompeta a su dueño y cobrar una recompensa a cambio. Luego de un examen ligero de lo sucedido en la madrugada concluyó, o sencillamente quiso creer, que el dueño de la trompeta daría lo que fuera por recuperarla. Ese pensamiento lo alegró. Trataba de infundirse ánimos elaborando en voz alta argumentos a su favor: «igual el viejo estará buscando alguna trompeta», se dijo, «si no le interesara no la habría escondido detrás de los zapatos». No había terminado la

frase cuando un contrapeso involuntario amenazó con inclinar la balanza hacia el otro lado. Porque al instante recordó que, aparte de cigarrillos y fósforos, aquel infeliz no cargaba en los bolsillos más que unas pocas monedas. Por sus ojos cruzó una sombra que derivó en una mueca de fastidio. Pero, rápido, halló una salida que le recompuso el semblante: «¿cuándo se ha visto a un borracho regresar a su casa con plata?» Notó que esa ocurrencia, que despuntó con tanta claridad en su cabeza, había perdido casi todo el brillo después de articularla en sonidos. Como si entre pensamiento y palabra hubiera un camino pedregoso que le descascarillaba las ideas. Decidió, sin embargo, que esa poca luz era suficiente para seguir adelante. Sonrió satisfecho al imaginar que, a diferencia de los sitios que había visitado, el dueño de la trompeta no estaría movido por un interés mercantil. Eso lo aliviaba de la penosa labor

de trastabillar con un discursillo de venta, encontrarle ventajas a un aparato que no tenía ninguna, o escamotear las numerosas y justificadas dudas del comprador. En ese punto sintió que tenía casi todo resuelto. Solo restaba inventarse alguna excusa que explicara de qué manera la trompeta había llegado a sus manos. Juzgó aquello como un asunto menor, que algo podría improvisar llegado el momento. Al fin y al cabo no tenía motivos para preocuparse, pues el dueño de la trompeta, con la borrachera que llevaba, no tenía forma de saber que era el mismo Euclides quien se la había robado. Y en caso de que las cosas se salieran de lo previsto, Euclides siempre podía acudir al fiel amparo de su puñal.

Una vez recuperado del desconcierto de hallarse sin la trompeta, y luego de convenirse de que la había dejado olvidada en la



Estibadores del muelle de La Bodeguita.
Fotografía de Álvaro Delgado Vélez

fonda del muelle, Catalino hizo por primera vez sus ejercicios sobre unos pistones imaginarios. Se sintió ridículo, pero le era imposible desprenderse de la costumbre. «Ya estás viejo, Catano», se dijo en un compasivo tono de abuelo mientras seguía ejecutando los pormenores de su rutina. Cuando estuvo listo se dirigió a la fonda del muelle. Allí tuvo que aguardar una larga hora antes de que abrieran el local. Al principio esperó con mansa expectativa, imaginando el reencuentro con su trompeta. Pero, con cada minuto, el desconuelo fue desplazando la esperanza y una ansiedad progresiva se instaló en el temblor de sus manos. Cuando por fin se abrieron las puertas, Catalino saltó de su sitio y abordó a la encargada con el corazón desbocado. Si bien la encargada lo reconocía como un cliente asiduo, lo cierto era que ella rara vez tenía el tiempo y el ánimo de reparar en los detalles de los comensales. Catalino disparaba una pregunta tras otra sin dejar espacio a respuesta. La encargada fracasó en cada intento de intercalar alguna palabra en medio de la frenética sarta de interrogantes. Catalino no escuchaba ni daba tregua. Ya sin paciencia, crispada por el asalto repentino y la subsiguiente retahíla, la encargada asoló a Catalino con una mirada de rabia y desprecio, y le gritó sin compasión que su trabajo era ya bastante jodido como para estar lidiando ahora con esos asuntos; que lo suyo era tomar órdenes y servir platos y así toda la santa noche; que dejara ya esas estupideces de estuches y trompetas; que ella no quería saber nada de nada, así que no le hiciera perder más el tiempo y que la dejara tranquila largándose por donde vino. Catalino enmudeció y sintió que el estómago se le encogía. De la agitación pasó al abatimiento. Arrastró la moral hasta el malecón. Catalino sin la trompeta era una silueta sola, una sombra difusa, porque ahora caía en la cuenta de que la trompeta no era un simple medio para procurarse

la comida y los vicios. De golpe entendió que era el único motivo que tenía para no dejarse morir abandonado en el catre. Con otros factores, los cálculos que Euclides había hecho al final conducían al mismo resultado: Catalino daría lo que fuera por recuperar su trompeta.

Con mañas de ladrón, Euclides se las ingenió para encontrar el punto donde Catalino se ubicaba cada noche. Se situó en un lugar apartado para estudiar el panorama antes de lanzarse a la acción. Desde allí vio a Catalino de espaldas, balanceándose al compás de alguna música inaudible a la distancia. Debido al ángulo en que se encontraba, Euclides no podía distinguir mayor cosa, pero le pareció que los movimientos correspondían al lenguaje corporal de quien toca un clarinete, un saxofón o una trompeta. Euclides no había previsto que Catalino pudiera tener un segundo instrumento, y esta nueva situación amenazaba con alterar sus planes o arrojarlos a la basura. Sintió que la garganta se le secaba y que un sudor frío empezaba a formarse entre su mano y la manija del estuche. Oculto a los ojos de Catalino, Euclides se acercó todo lo que pudo para asegurarse; quedó a unos pocos pasos y lo que vio lo desarmó por completo. Catalino, con las manos vacías frente a la boca y con agónica voz en harapos, intentaba imitar el sonido de la trompeta para reproducir a capella las piezas de su repertorio. El resultado era un lamento desgarrado, una queja ronca, una tristeza terrible y disonante. Euclides, consternado, apretó el estuche contra el pecho y con la manga de la camisa se secó el sudor de la cara, disimulando tal vez alguna lagrimita incipiente. De nuevo la indecisión asaltaba a Euclides en el peor momento.

Tras cuatro piezas al hilo, Catalino tuvo que hacer una pausa para reponerse. Sin la trompeta la vida era una carga devastadora.

Catalino permaneció inmóvil y con los ojos cerrados para no tener que encontrarse con el sombrero vacío. Al sentir la pausa y sin que todavía tuviera una idea clara de lo que iba a hacer, Euclides igual consideró que ese era el momento de actuar. No podía quedarse agazapado toda la noche. Entonces avanzó decidido, así la dicotomía con la que batallaba lo obligara a ralentizar el paso. Por una parte quería ceñirse a sus planes porque necesitaba la plata y porque además creía que era lo justo después de haber trajinado todo el día sin comer ni dormir. Lo sentía como un derecho ganado a pulso. Pero, por otra parte, también estaba conmovido por la crudeza de lo que acababa de ver. Pese a ello, no mostraba ningún remordimiento. Euclides estaba convencido de que aquello tenía muy poco que ver con él, que era una situación completamente circunstancial; en fin, que el caballo ganador no podía hacerse responsable de los desaciertos de los apostadores. Euclides sentía que su vida transcurría en un plano superior al de Catalino y por ello no veía en el robo ninguna afrenta. A sus ojos, él no había hecho otra cosa más que ejercer el duro oficio que le tocó en suerte, y si ahora tenía dudas acerca de cómo proceder se debía únicamente a la nobleza de su buen corazón.

Euclides se plantó frente a Catalino sin haber decidido nada. Sacó el puñal por si acaso y lo dejó escondido detrás del estuche. Quiso sonar amable haciendo un esfuerzo por apaciguar el trueno de su voz; lo que le salió fue una especie de regaño: «Caballero, disculpe». Catalino se sobresaltó. Desorientado, abrió los ojos. Antes que la vista fue el olfato lo que le permitió reconocer el estuche de su trompeta. Solo después se fijó en la mano enorme que lo sostenía, pero el desconcierto le impidió juntar las piezas para comprender la situación. Por puro instinto Catalino extendió los brazos para agarrar el estuche,

sin detenerse en razones ni percatarse de lo que estaba sucediendo, como quien abre sus pulmones al aire. «No tan rápido», dijo Euclides dando un paso atrás y mirando de reojo el sombrero sin un solo centavo. Exigir una recompensa no le parecía ahora una opción sensata. Euclides vaciló entre abandonar sus planes y lanzarse a fondo con ellos. Cuando resolvió que debía continuar, Catalino lo interrumpió con un movimiento brusco de la mano, casi de rabia. Necesitaba silencio para tratar de entender. Luego, sin haber salido por completo del trance, Catalino levantó la cabeza y miró a Euclides por primera vez a la cara. Sostuvo la mirada el tiempo necesario para que la nube de incertidumbre que se agitaba en su cabeza se decantara en un pensamiento concreto. Catalino detalló en Euclides el arco de las cejas y después, siguiendo la línea del cerquillo, las orejas asimétricas. Concentró toda su atención en el cigarrillo sin filtro: la estropeada geometría cilíndrica, el papel maltrecho, los lunares amarillentos. Ese conjunto de pequeñas imperfecciones disparó en Catalino un indescifrable mecanismo de asociación. Solo entonces apartó la vista del cigarrillo y volvió a los ojos de Euclides. Catalino, minucioso, examinó el rostro apagado, la boca silenciosa y mustia, la doble cicatriz en el párpado, la grasa del cuello, la estela de sudor seco sobre la camisa, las uñas pueriles castigadas a mordiscos y encajadas luego de forma mezquina en los dedos gigantes. La intuición se le presentaba nítida e inconfundible, de manera que podía atar en el mismo nudo todos los hilos que le estaban sobrando. Catalino vio todo con tanta claridad que no consideró ninguna alternativa. Se sintió liviano y liberado de toda angustia. Seguro de lo que hacía, dio un paso al frente, agarró el estuche con fuerza y dijo con la mandíbula apretada: «Ya sé qué es lo que pasa aquí, cabrón de mierda».

Aunque las palabras de Catalino no revelaban nada de manera explícita, Euclides temió que sus intenciones hubieran quedado desnudas. Ante la sospecha de verse expuesto quiso conducir la situación hasta su esquina. Pero antes de que pudiera hacer o decir cualquier cosa, Catalino, implacable, le salió al paso y con tono de asco le anuló de un tajo toda iniciativa: «Escúchame bien, hijo de puta, escúchame bien; yo no sé quién te has creído o qué tenías en la cabeza al venir aquí; pero yo conozco bien a los que son como tú, que no son más que unos perros miserables que se la pasan todo el día estirando el hocico para ver qué encuentran, para ver quién aparece para saltarle encima y caerle a dientes; tú eres un inservible que no hace nada por la vida, pendiente siempre de joder al que quiere caminar recto, al que se gana el pan honradamente; pero conmigo te jodiste, hijo de la gran puta, porque a estas alturas ya todo me da igual». Catalino estaba rojo de ira. Habitado a llevar su diafragma al límite, tomó apenas el aire justo para finalizar su descarga: «Y si es que has venido aquí a joderme, hijo de puta, pues vas a tener que sudártela».

Euclides aguantó el temporal sin mover un solo músculo. Mientras Catalino recuperaba el aliento, Euclides, como si lo dicho no fuera con él, replicó con total tranquilidad: «Bueno, bien; pero una cosa sí le digo, maestro, y es que los dos estamos jodidos, usted sin la trompeta y yo encartado con este estuche». Los dos hombres se aferraban al estuche sin ceder un milímetro, Catalino con ambas manos, Euclides con una sola. Sin prisa, Euclides deslizó el puñal dejándolo a la vista de Catalino y continuó en el mismo estilo paquidérmico: «Y créame, maestro, que si hay alguien que no tiene nada que perder ese soy yo, y muy bien que puedo agarrar este estuche ahora mismo y tirarlo al mar con todo y trompeta; a mí sí que me da

igual, así que decida usted, maestro; o nos tratamos suave y llegamos a un acuerdo o me zafo de este lío por las malas». Catalino, que todavía temblaba de rabia, no pudo ignorar el peso de la amenaza que le cayó en seco como un golpe en la quijada. Los dientes le castañeaban de impotencia porque, por muy hijo de puta que fuera el tipo que tenía enfrente, no podía negar que tenía la razón. Mientras aquel miserable podía retomar su senda de bandido en el momento en que le diera la gana, para Catalino las cosas eran a otro precio, porque lo único que medio sabía hacer en la vida era tocar la trompeta. Avergonzado, tuvo que admitir que no tenía ninguna carta para usar a su favor. Devastado por la humillación de tener que tragarse el orgullo, Catalino aflojó las manos y renunció al estuche dando un paso atrás. Euclides, a pesar de todo lo que dijo, no estaba preparado para esa reacción. Bajó la mirada, indeciso. Ahora que tenía la oportunidad en sus manos no sabía cómo proceder. El impulso que sus propias palabras le habían otorgado, quedaba reducido a un pálido puñado de dudas. Luego de un largo silencio, Catalino tomó la iniciativa: «¿Entonces qué es lo que quieres?». Euclides no lo sabía, por supuesto; sin embargo, empezó a hablar sin norte, dejándose arrastrar hacia donde lo llevara la inspiración: «para serle sincero, maestro, a mí lo que me interesa es colaborarle a usted, que es quien más lo necesita; porque de algo hay que vivir, ¿no? Yo digo que hagamos así: a ver, yo a usted le presto la trompeta todos los días, aquí mismo, desde las cuatro de la tarde hasta las tres de la mañana y de lo que usted recoja vamos mitad y mitad; eso sí, como se meta a bruto y me salga con trampa, ya lo sabe, maestro, lo coso a usted a puñaladas y echo la trompeta al mar; buena gente sí soy, pero pendejo no. Así que tenga». Euclides le ofreció la trompeta a Catalino y este la recibió con las manos trémulas, como

accionadas por un mecanismo involuntario. Catalino tenía la cabeza en otro mundo; no le importó el cinismo de la propuesta ni tuvo ánimos para discutir las condiciones. Aceptó el trato de forma tácita y sintió que con eso arrojaba la primera palada de tierra sobre su propia tumba.

Fueron tres meses y catorce noches todo lo que Catalino pudo aguantar. Le daban ganas de morirse cada vez que tenía que dividir lo que trabajaba con un haragán cuya táctica consistía en tenerlo amenazado con arrojar la trompeta al mar. Con el final de la temporada se habían ido los turistas, y lo que recogía en el sombrero apenas si le alcanzaba para los cigarrillos. Así que, estoico, esperó noche tras noche hasta dar con una buena jornada. Esa jornada cayó en la noche de ayer. Ya harto de la situación con Euclides y envalentonado por la plata que había recogido, decidió que no iba a soportar ningún otro abuso. Enfrentaría a Euclides y esta vez no iba a temblarle el pulso para matarse con ese hijo de puta. Euclides llegó puntual como siempre y cuando quiso reclamar su parte, Catalino, que ya se había bebido todo en una botella de ron, con una risa socarrona lo mandó a la mismísima mierda y le dijo que ya estaba bueno de ser tan cabrón, que trabajara como él lo hacía cada noche, y que ya no le iba a pagar más nada, así que podía hacer lo que bien le naciera de los cojones. Sin esperar respuesta Catalino le dio la espalda y avanzó lento hacia el borde del malecón. Sordo a cualquier razón y con una sonrisa que le llenaba toda la cara, juntó todas las fuerzas que le quedaban y arrojó sin remordimientos la trompeta junto con su estuche al fondo del mar.

Es por eso que esta tarde, luego de dormir la borrachera, la rutina de Catalino no tiene propósito. Es por eso que permanece parado frente al espejo mientras piensa su venganza. Cuando termina de rasurarse recoge la navaja y la guarda en el bolsillo del pantalón, y en lugar de irse al malecón se dirige al arrabal donde vive Euclides. Con paso cansino camina los treinta y cinco minutos que lo separan de su destino. Con mañas de callejero veterano se las ingenia para encontrar la casa de Euclides. Se sitúa en un lugar apartado para estudiar el panorama antes de lanzarse a la acción. Desde allí ve a Euclides de espaldas, balanceándose al compás de alguna música inaudible a la distancia. Debido al ángulo en que se encuentra, Catalino no puede distinguir mayor cosa, pero le parece que los movimientos corresponden al lenguaje corporal de quien baila con una mujer o quien empina una botella. Catalino había previsto exactamente esa situación y siente que la sangre le hierve. Un sudor frío empieza a formarse entre su mano en el bolsillo y la navaja aún recogida. Oculto a los ojos de Euclides, Catalino saca la navaja, la despliega, y se acerca todo lo que puede para asegurarse; queda a unos pocos pasos y lo que ve lo desarma por completo. Euclides, con aparatosa voz en susurros canturrea una canción de cuna con la que intenta dormir a una niña de brazos. Catalino se detiene, recoge la navaja, la guarda de nuevo en el bolsillo del pantalón, gira sobre sus talones y cae en la cuenta de que no le quedan fósforos ni cigarrillos para los treinta y cinco minutos del viaje de vuelta.

Cartagena, 31 de julio del 2020.



El momento perfecto del elemento humano... así describiría Álvaro Delgado Vélez esta foto de su autoría.
Fotografía de Álvaro Delgado Vélez